

La calle
Diez años sin Diana
por miguel ángel granados chapa

para el martes 4 de septiembre de 2007

El viernes se cumplieron diez años de la trágica muerte de Diana Spencer, princesa de Gales durante los 15 años en que estuvo casada con Carlos de Windsor, el heredero de la corona británica. A diferencia de las dudas que la embargaron una década atrás, en que no sabía cómo reaccionar, esta vez la reina Isabel II no vaciló en organizar la ceremonia luctuosa, en que los protagonistas fueron los hijos de la princesa que quería vivir y en ese intento murió. William, de 25 años, y Harry, de 22, dijeron tiernas palabras sobre su madre —la mejor del mundo, la calificaron, como creen casi todos los hijos respecto de las suyas.

El décimo aniversario contribuyó a reavivar la memoria popular sobre la famosa princesa, y a que se expusieran las dudas sobre su muerte, calificada oficialmente como resultado de un accidente. Aun si lo fuera de verdad, la circunstancia estuvo compuesta y rodeada de ingredientes extraños, de enigmáticas casualidades por decir lo menos.

A los 36 años, uno después de su separación del Príncipe de Gales, Diana, nacida Spencer, se divertía de lo lindo. Es cierto que había sufrido alguna decepción amorosa, causada por un novio que resolvió no ir adelante en su romance fatigado por la continua intromisión de los medios en la vida de su futura y luego fallida pareja. Es que desde sus días de pertenencia a la familia real, Diana había cautivado con su encanto a cierta prensa que la seguía por doquier, hiciera lo que hiciera. Con frecuencia, sus actividades eran serias y constructivas, como cuando fue de visita a Angola, a poner el acento sobre la niñez desvalida, o cuando viajó a Bosnia en su campaña contra las minas antipersona, o cuando encabezaba iniciativas para que el mundo cobrara conciencia de los peligros de la expansión del sida. Pero también volcaba su atención sobre ella cuando iba de compras o salía a cenar.

Tal vez sabedor y dolido de ese desengaño, o para sus propósitos personales, el acaudalado hombre de negocios egipcio Mohamed al Fayed buscó hacerla de cupido en beneficio de su hijo mayor, Dodi. El dueño, entre otras muchas empresas, de los emblemáticos almacenes Harrods, había mostrado activamente su simpatía por la princesa, y la acogió después de su divorcio, de suerte que la aproximó a su hijo. Se entendieron pronto (al punto de que poco después de conocerse, según parece, ella quedó embarazada) y se disponían a casarse. Quizá en preparación de ese acontecimiento, interrumpieron sus vacaciones (en que participaban también los hijos de Diana) y el 30 de agosto de 1997 volaron de la isla de Cerdeña a París.

Pasaron una tarde agitada, siempre eludiendo a los paparazzi, los fotógrafos que vendían a buen precio imágenes de la princesa, especialmente si tenían algún toque de intimidad. Luego de cenar en el hotel Ritz, también propiedad de Al Fayed, pretendieron escapar de los fotógrafos y al entrar en su coche a toda velocidad en un túnel del periférico no lejos de la Torre Eiffel) el vehículo se estrelló y causó la muerte de la pareja.

Luego se han ido conociendo pormenores sospechosos. El auto no era propiedad del hotel, sino alquilado, y había desaparecido durante ocho días antes del accidente. No manejaba el chofer habitual de Dodi, sino el jefe de seguridad del hotel, que no era un conductor experto y al parecer estaba ebrio. El vehículo chocó contra un Fiat blanco, desde el que se habría disparado un flashazo que deslumbró al chofer borracho. No se supo a quién pertenecía ese coche hasta que dos años después su propietario, un fotógrafo de prensa apareció muerto. Se dijo que se había suicidado pero su vehículo había sido cerrado por fuera. Al Fayed, a quien Londres no quiere —no le ha concedido pasaporte británico— cree que mataron a su hijo y a su presunta nueva nuera.